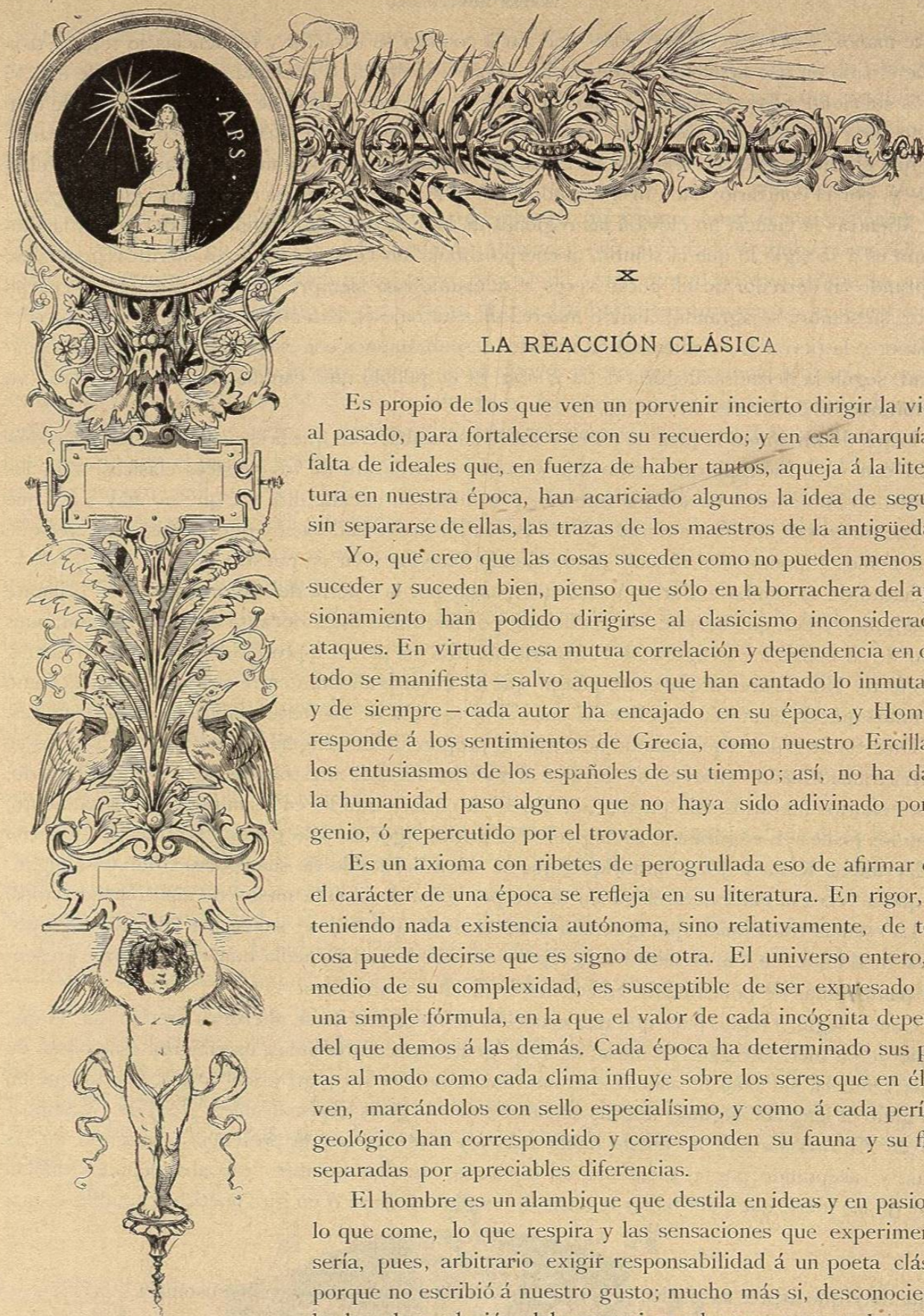


esta generación existe en el mundo de la idea, y no hay pensamiento que de un modo más ó menos próximo ó lejano, no tenga su antecesor del que directamente se derive.

La originalidad de todos modos tiene sus límites: y como es preciso que entre el poeta y el público existan muchos puntos comunes para que la osmosis de las ideas se verifique regularmente, aquel que arrastrado por la fiebre de la originalidad disminuye la superficie de contacto, no será fácilmente aceptado y comprendido.



X

### LA REACCIÓN CLÁSICA

Es propio de los que ven un porvenir incierto dirigir la vista al pasado, para fortalecerse con su recuerdo; y en esa anarquía y falta de ideales que, en fuerza de haber tantos, aqueja á la literatura en nuestra época, han acariciado algunos la idea de seguir, sin separarse de ellas, las trazas de los maestros de la antigüedad.

Yo, que creo que las cosas suceden como no pueden menos de suceder y suceden bien, pienso que sólo en la borrachera del apasionamiento han podido dirigirse al clasicismo inconsiderados ataques. En virtud de esa mutua correlación y dependencia en que todo se manifiesta — salvo aquellos que han cantado lo inmutable y de siempre — cada autor ha encajado en su época, y Homero responde á los sentimientos de Grecia, como nuestro Ercilla á los entusiasmos de los españoles de su tiempo; así, no ha dado la humanidad paso alguno que no haya sido adivinado por el genio, ó repercutido por el trovador.

Es un axioma con ribetes de perogrullada eso de afirmar que el carácter de una época se refleja en su literatura. En rigor, no teniendo nada existencia autónoma, sino relativamente, de toda cosa puede decirse que es signo de otra. El universo entero, en medio de su complejidad, es susceptible de ser expresado por una simple fórmula, en la que el valor de cada incógnita depende del que demos á las demás. Cada época ha determinado sus poetas al modo como cada clima influye sobre los seres que en él viven, marcándolos con sello especialísimo, y como á cada período geológico han correspondido y corresponden su fauna y su flora separadas por apreciables diferencias.

El hombre es un alambique que destila en ideas y en pasiones lo que come, lo que respira y las sensaciones que experimenta, sería, pues, arbitrario exigir responsabilidad á un poeta clásico porque no escribió á nuestro gusto; mucho más si, desconociendo la ley de evolución del pensamiento humano, no pudo prever

la fase actual de la vida de la humanidad. Ellos, que no experimentaban muchas de nuestras sensaciones, se hallaban incapacitados para expresarlas.

No olvida ciertamente lo que hace el marco al cuadro, ningún poeta que sabe lo que trae

entre manos; y al crear un tipo, antes que dar á conocer su carácter y tendencias, lo retrata, describe el sitio en que la acción se desarrolla, expresa la época, ó presenta un bosquejo de ésta, si no es suficientemente conocida; y sólo así consigue dar vida y base de realidad á lo que de otro modo sería una creación abstracta. Nada más absurdo que un Hércules linfático, ni más irracional que el Alberto del *Werther*, si fuera español — como hace notar nuestro inapreciable Velarde; — y, por el contrario, nada más hermoso que el *Fausto*, ni más escultural que *Don Quijote*.

Mientras la ciencia no eleva á las regiones de la idea pura la imaginación del poeta, la literatura es á su siglo lo que la sombra al cuerpo; dibuja sus contornos, esto es, sus ideas generales, y girando en derredor de él, pocas veces le adelanta, casi siempre le sigue. Cuando el cuerpo crece, su sombra se agranda; cuando muere, allí está bajo él, extendida como un lecho entre el cadáver y la tierra. Lo tradicional ha muerto: descubrámonos con respeto y adelante. La humanidad, según la hermosa alegoría de la *Biblia*, es un pueblo que, caminando por el desierto, va sembrando de cadáveres su camino.

Lejos de mi ánimo la idea de escupir sobre su tumba; creo que la escuela tradicional ha cumplido con su misión, porque, como dijo Gounod á propósito de los músicos clásicos, «sin los padres, no hubiéramos nacido los hijos.» — No hubieran nacido, diré yo, que no hay para qué me cuente en tan honroso número. — Pero por la misma consideración que me inspiran, creo que no debemos exponerlos al ridículo pretendiendo hacerlos vivir en nuestro tiempo.

Sacad de su tumba á Carlos V, hacédle pasear por la Puerta del Sol metido en su brillante armadura, y creed que después de apedreado por los transeuntes dormirá en la prevención; pues sacar de su marco á esas figuras de la historia literaria me parece á propósito para producir el mismo efecto. No, ilustres arqueófilos; pensar que los clásicos alientan entre nosotros, es hacer como los niños que en el museo de Historia natural se asustan de las fieras colocadas en los estantes.

Dice Saint-Hilaire que cuando aumentó la proporción de oxígeno en el aire, los saurios se fueron transformando en aves; al elevarse el nivel intelectual, nuestra atmósfera se ha oxigenado, y esos saurios literarios sólo pueden ser objeto de curioso estudio en los museos del pensamiento, como los fósiles en el gabinete zoológico. Una crítica rigurosa sólo puede exceptuar á Calderón y Cervantes, Rioja y Jorge Manrique, que se salen del fondo de sus épocas como esos gigantes que á veces la naturaleza eleva un metro por cima de la talla media de sus conciudadanos.

La escuela tradicional, que ignoraba muchas cosas que hoy se saben, ha falseado los tipos de tal modo que, en vez de asistir á la representación de una comedia humana, nos hace presentir pantomimas de polichinelas, creaciones artificiales ó absurdas.

Como, según Hegel, para que una ecuación de mecánica no se altere, es preciso que lo que se pierde en fuerza se gane en masa; aquellas gentes, poco profundas, escribieron esas obras de legua y media, sin plan ni asunto, estroma nauseabundo, sin jugo y sin aroma. Ciertamente que en ello ganó el lenguaje algunas nuevas construcciones y giros especialísimos; pero dice Campoamor en *El Idealismo* que no puede haber más ley histórica que la presencia ó ausencia de las ideas; y, aceptando por el momento tal hipótesis, aquellos hombres, tan abandonados debían estar de las ideas, que para hallar el oasis de una buena frase ó un giro poético aceptable, es una

Áspera selva, inculta, engendradora  
De monstruos ponzoñosos,

lo que hay que atravesar abriéndose paso entre vulgaridades y cosas sin sustancia.

No, no es posible seguir sus huellas; nada resucita con sus propios caracteres individuales. Javier Santero, que ha hecho su nombre ilustre; así en la literatura como en la medicina, dice que el círculo es la figura geométrica de la creación; cierto: y el círculo vicioso su figura lógica, me atreveré á añadir.

Si los planetas ruedan, como algunos creen, en órbitas no inmutables, sino espirales de vueltas apretadísimas, el pensamiento humano traza una órbita semejante; en virtud de lo cual pasa al cabo de cada vuelta por puntos que están, sí, en una misma proyección, pero que son diferentes; y así, camina al fin en un sentido determinado, como sucedería á una esférula que se elevase por la tuerca de Arquímedes, estando ésta en reposo, á favor de un impulso de cualquier género.

Esto se desprende de la filosofía de la historia, en que vemos á dos ó tres escuelas turnar, por decirlo así, en el dominio del mundo, y, sin embargo, no aparece igual el materialismo, por ejemplo, en Grecia, en Roma y en la moderna Alemania — en cuyo caso se hubiera movido en una curva cerrada volviendo siempre al punto de partida — sino que al mismo tiempo ha avanzado en otra dirección trazando un ciclo, como el que los botánicos admiten en la inserción de las hojas de los vegetales.

No; comprendo que nos inspire respeto lo pasado, pero no una irracional idolatría. Conversemos con la historia, para deducir de la dirección del camino recorrido cuál será la dirección probable en el porvenir; pero no rindamos culto á esa Celestina de las debilidades humanas. El hombre vivió en el pasado caminando hacia el presente de paso para el porvenir. Lo que importa de un proyectil es el efecto útil, más que la trayectoria, siquiera sea ésta de aquél obligado precedente; esto es reconocido por todos, desde los que piensan que la humanidad tiene su fin en sí misma, hasta los que creen que es esta vida prólogo de otra ulterior. Véase si esto disminuye la importancia de la historia.

No caminemos de espaldas; al ver sucederse los absurdos en las ideas y la barbarie en los hechos: al ver que cada siglo encierra en un manicomio al precedente, y es encerrado á su vez por el que le sigue: al ver á la humanidad correr muchas veces sin rumbo como los habitantes de una ciudad sorprendidos por el terremoto; sentimos desaliento y mareos, y á no alzar la vista al orden absoluto de las cosas, caeríamos en un desconsolador escepticismo.

Pero es también necesario que la actual anarquía termine; fuerzas que se restan, sólo producen un residuo utilizable. Espronceda no dijo en serio que pudiera cantarse *lo primero que salta en la mollera*, y es lamentable que distinguidos escritores lo hayan seguido al pie de la letra. Es preciso que exista unidad de miras — en medio á la variedad, á lo complejo de la vida consiguiendo — para que resulte la armonía. No hay que temer rozamientos, que es la literatura vía más ancha que aquella por la que podían pasar doce máquinas de guerra sin estorbarse.

Dejo, para terminar, la palabra al distinguido catedrático de literatura de la Universidad de Madrid señor Sánchez Moguel, que en un breve párrafo ha sintetizado cuanto sobre la actual fase literaria pudiera decirse, de la manera siguiente:

«La musa nacional, emancipada por Campoamor de los despotismos pasados de la antigua secta, se inspirará ya siempre en el movimiento real de la vida, en los sentimientos humanos, en la lucha magnífica de las aspiraciones encontradas, de los sistemas opuestos, de los contrastes sublimes de la existencia. Esta ha sido la obra de Campoamor, y esta obra será ya eterna.»

